

# E

Los buenos coleccionistas de música clásica guardarán de seguro algún disco de baquelita y aun de vinilo de Eduard Erdmann, el “pianista-filósofo” que nos ha dejado ejecuciones fascinantes sobre Haendel, Schubert o Beethoven, que pudo malamente sobrevivir a las bestias pardas en los años sombríos y que, tras la guerra, fue el primero en dar un concierto con obras de los músicos “degenerados” que el Reich maltratara. Más accesible es el doble CD del sello ORFEO, en el que se recogen el Concierto para piano de Reger, la Sonata núm. 21 de Schubert y los Seis intermedios de Schumann, a partir de conciertos de Erdmann en 1950 y 1951.

De casta le venía al galgo Erdmann eso de “filósofo”, ya que era sobrino-nieto de Johann Eduard Erdmann, del cual había heredado la pasión por el estudio y por la música. Así que resulta un placer estar escuchando a Schubert-Erdmann mientras se lee al tío-abuelo, el gran defensor y “actualizador” de Hegel, junto con Karl Rosenkranz: ambos fueron adscritos al ala “central” de la Escuela Hegeliana, y tenidos por ende en poco en la segunda mitad del s. XIX: una era convulsa, entre el nihilismo, el *agit-prop* y un chato positivismo: la religión de los “hechos” del capitalismo. Hoy, sin embargo, *sine ira et studio*, las contribuciones de Rosenkranz y de Erdmann, en reimpressiones y traducciones, encuentran lugar destacado entre los estudiosos de la filosofía (claro está: algunos dirán que son los supervivientes de la filosofía en el siglo XXI los que recogen los restos de los supervivientes de la del XIX; sea como sea, mejor es ser *raquero* que *carroñero*).

Nuestro Erdmann el Viejo, el filósofo, nació en 1805 y murió en 1892, lo cual confirma que la filosofía ayuda a la longevidad. Atravesó casi todo el siglo, y además desde una posición un tanto marginal. Mucho más allá de Königsberg y hasta de Riga, Erdmann nació en Wolmar, ahora Valmiera, en Letonia (entonces bajo control del Imperio Zarista); y su vida, como buen “alemán-del-extranjero” fue un continuo desplazamiento siguiendo el curso del Sol, o sea: de Rusia a Prusia y luego a Turingia (por entonces no había telones de acero ni casi fronteras: el Zar se limitaba a cobrar impuestos

y dejaba a la gente en paz).

A pesar de su apellido, que significa algo así como “Adán”, o sea: “Hombre-de-tierra”, Erdmann miraba más bien hacia el cielo, así

# J. E. Erdmann

que estudió teología, y hasta llegó a ser pastor protestante por tres años. Como tantos jóvenes de la época, se fue a Berlín a escuchar a Schleiermacher, el “Crisóstomo” o “Pico de oro” de la religión luterana, el autor de la *Dogmática cristiana*, donde se conciliaban las ramas reformista y evangélica, bajo la protección de la Corona. Y como tantos otros, a pesar de no perderse ni una sola de las sensacionales prédicas que soltaba el “Hacedor-de-velos” en la Werderkirche de Schinkel, pronto se pasó a las filas de Hegel, el casi tartamudo. La razón es sabida, y repetida por muchos discípulos de entonces: Schleiermacher hablaba y gesticulaba muy bien, pero repetía lo mismo curso tras curso. Hegel, el de maneras torpes y hablar a explosiones, trataba en cambio cada semestre de cosas nuevas, a pesar de que en el fondo estuviera, como Sócrates: “diciendo lo mismo sobre lo mismo”, o quizá precisamente por ello. Erdman, que pudo escuchar a Hegel entre 1826 y 1828, lo llamaba *Doctor mirabilis*: “sólo de él—declara rendido— puedo decir que fue de veras mi maestro, pues no sólo fue

él quien me introdujo en la filosofía, sino que también me sacó de la doctrina de Schleiermacher y me llevó al camino recto.”

El camino de perdición de esa doctrina es conocido: el sentimiento de absoluta dependencia y entrega que exige Schleiermacher del buen cristiano convierte a éste en un *perro dócil* y obediente, según el donoso parangón de Hegel. Así que nuestro hombre abandonó la sotana y el babero, y se pasó con armas y bagajes al hegelianismo (aunque la *Verein*, la guardiana de la ortodoxia de la Escuela Hegeliana, nunca reconoció como uno de los suyos a Erdmann... ni tampoco a Rosenkranz). Y ya a los 31 años nos lo encontramos de Catedrático en la Universidad de Halle/Wittenberg (una duplicidad bien simbólica: Halle “suenta” para nosotros a fenomenología: allí enseñará Husserl, mientras que Wittenberg es el lugar sacrosanto del luteranismo). Parece que era atildado en el vestir y de elegantes maneras, así que en esto no se parecía a su maestro. En cuanto a política, era un cruce muy raro de conservadurismo prusiano-monárquico y de liberalismo filosófico (en París se haría muy amigo de Adolphe Thiers, otro personaje bien ambiguo: baste recordar su actuación contra la *Commune* en 1870-71). También como su maestro Hegel, fue nombrado Rector de su Universidad en 1859/60. Allí dio clases siempre, hasta su jubilación tardía, en 1877. Para gozo y solaz de los lectores (también, ahora, de los lectores españoles, por la traducción de su *Sobre la estupidez*—junto con Robert Musil—), escribió una serie de ensayos sobre temas importantes, aunque no académicos, denominada *Ernstes Spiele* (“Juegos serios”). Discípulo suyo fue Kuno Fischer, a quien, con ocasión de la cuarta edición de esa obra, en 1890, envió una última carta, desoladora: “Un superviviente, como yo, no es ya capaz de producir nada nuevo, dado que le fallan ojos y manos para ese servicio y escribir por derecho una carta se convierte en una gesta [...] Nada tengo que contarle de mí que no recuerde a una lenta agonía, la cual se viene arrastrando desde hace tiempo. Pues eran tres factores los que constituían mi vida: mi mujer, mi cátedra, mi círculo social. Hace 13 años que Dios me quitó a la primera, hace muchos años que no puedo impartir clases, desde hace 2 ya no viajo más, ni visito desde el año pasado ningún círculo mundano—eche Vd. cuenta de lo que queda después de quitar todo eso.”

Y bien, ¿qué tiene de particular nuestro Erdmann como para ser rescatado también para los lectores españoles? En primer lugar, fue de los primeros en recopilar las obras de Leibniz, en una edición todavía utilizada por los eruditos: *G.G. Leibniz Opera omnia* (2 vols.;

Berlín 1839-1840). Además escribió un monumental *Versuch einer wissenschaftlichen Darstellung der Geschichte der neueren Philosophie*, comenzado en 1834 y culminado en 1853 (ahora reimpreso en 7 vols.; Stuttgart 1977). Menos mal que se trataba de un Versuch, o sea de un “Ensayo” o “Intento”. Lo de *wissenschaftliche* es lo más interesante de la larguísima obra: se trataba de probar, con un acopio pasmoso de erudición, la verdad del aserto hegeliano de que el curso histórico del pensamiento y el desarrollo interno de lo Lógico coinciden en general, y muy en especial –¿cómo dudar de ello?– en el hegelianismo, ese remanso de los tiempos y del pensar: el lugar en el que la Historia se sabe en el *Lógos* y éste existe históricamente, encarnado por cierto en esa Prusia cuyo *Kronprinz* –y luego, Rey– llevaba años intentando extraer los “venenosos” dientes del dragón hegeliano. Sea como fuere, el impar servicio de Erdmann a la causa hegeliana no dejó de ser ambiguo, dado que la carga lógica debió adelgazarse y generalizarse sobremanera, a fin de que, con cierta buena voluntad, se pudiera ver reflejada en la obra de los distintos filósofos. Con ello, Erdmann estaba contribuyendo, quizá *sans le savoir*, a la causa del *historicismo*. A este respecto, le debemos igualmente otra obra capital: la *Darstellung der Philosophie seit Hegels Tode*, publicada primero como “apéndice” al segundo volumen de su *Grundriss der Geschichte der Philosophie* (1866, publicada de nuevo en Stuttgart-Bad Cannstatt 1964).

Igualmente, y como cabía esperar, nuestro teólogo metido a filósofo terciará en una famosa oposición que va de Pascal y Kant y Hegel a Juan Pablo II: la de la *fé* y el *saber* (*Vorlesungen über Glauben und Wissen*, 1837). Siguiendo el proceder *fenomenológico* del maestro, Erdmann dialectiza los diferentes niveles de la conciencia religiosa, enfrentándose tanto al racionalismo como al supranaturalismo de un Weiss o un Fichte, hijo, en torno al problema crucial que Strauss dejara abierto en su *Leben Jesu*: ¿acaso han de tratarse la figura y los hechos de Jesús como algo mítico, ajeno a la positividad de lo dado? Obviamente, un hiperhegeliano como Erdmann no puede sino admitir que también aquí, y sobre todo aquí, historicidad y logicidad han de ir de la mano. Hegel había intentado salir del trance hablando de la Encarnación como un *factum* “asumido” (*aufgehoben*), superado y relevado en cuanto tal. Ahora bien, en vista del carácter contradictorio del Evento, según lo había subrayado por Strauss, Erdmann dará un audaz paso adelante: puesto que la forma en que *ha* de aparecer la verdad es la *Facticität*, se sigue entonces ne-

cesariamente que: “La verdad tiene que aparecer en forma de *facta* que se contradicen entre sí.” Para empezar, porque todo lo ahora concebido ha sido antes experimentado y sentido. Lo cual, por un lado, “justifica” el carácter histórico, contingente, de la Encarnación, pero por otro parece situarnos por encima de esa situación: una conclusión que, sin embargo, Erdmann se resiste a seguir; más bien piensa que ahora podemos *volver* con sentido y conciencia al mismo estadio en que antes, de modo inconsciente –religioso o mitológico– se encontraba la humanidad. De ahí que califique su indagación de “Odisea de la conciencia religiosa, escapada de las seductoras sirenas que antes salieron al encuentro de su nave, mientras que ahora desea echar raíces en la *vieja* patria. Ciertamente, al encontrarse abandonada, ha tenido que realizar muchos viajes equivocados hasta volver a encontrar a la fiel Penélope.”

Sin embargo, donde Erdmann encontrará siempre un rango de honor entre los *Hegelingen* será en su *Grundriss der Logik und Metaphysik* (1841; hay tr. it. 1983): algo más, mucho más que un buen manual. Atento observador de los vigorosos ataques de Trendelenburg al hegelianismo, junto con el resurgir de Aristóteles por la edición Bekker, Erdmann “traduce” la lógica hegeliana en una *doctrina de las categorías* (de la inmediatez, de la mediación y de la libertad). Aquí, la claridad de la argumentación se aduna con una bien hilada historia filosófica de la lógica. No sin intención política: para Erdmann, la compenetración de las determinaciones lógicas con las diversas doctrinas y con el lenguaje “natural” alemán supone: “la unidad de la lógica con la conciencia del pueblo.” Al efecto, Erdmann hace notar –seguramente por primera vez en el hegelianismo– que somos *nosotros* los que tenemos que efectuar internamente el paso de una contraposición a su resolución dialéctica, que somos *nosotros* y no la Idea los que “pasamos” de la *ciencia de la lógica* a la *filosofía de la naturaleza*, ya que ésta no es sino la Idea misma, *extrínsecamente determinada*. Es Erdmann el que generaliza para el entero ejercicio del pensar una expresión casi oculta en la *Fenomenología*, a saber: que filosofar es “saber lo que se dice”. Él es también quien establece la oposición entre “ser” y “haber”, en cuanto expresión –en los idiomas latinos, puntualiza– del pasado del ser (“habido”, p.e.).

Pero, en fin, como todavía un Robert Musil recordaba, y ahora muchos lectores han comprobado, Erdmann no fue solamente un audaz teólogo, un erudito tan fiel a Hegel que llevó

a su doctrina a las lindes del *historicismo* y un lógico a quien, al final de la vía cognoscitiva, espera la Libertad, sino también un fino escudriñador de la *estupidez*: “ese poder –reconoce– contra el que incluso los dioses luchan en vano; algo a tomar muy en serio, si fuera verdad eso de que gobierna el mundo.” Esa pretensión es fuerte, desde luego, ya que para un hegeliano es la razón y no la estupidez la que gobierna el mundo y la historia. De manera hartosagaz, pone Erdmann la esencia de la estupidez en el *egotismo*: “el medirlo todo a partir de uno mismo”. Quien tal obra es un imbécil, como decía ha poco un político obrero-español de otro popular-hiperespañol. Cuanto más limitada es una persona, tanto mayor es la incondicionalidad y universalidad de sus expresiones. El ideal del idiota es el del *mirón*: ojo inmóvil ante el agujero de la cerradura, mientras espera y hasta exige que todo venga a disponerse en la angosta zona barrida por su mirada, en lugar de abrir la puerta y moverse de un lado para otro, juntando indicios y esperando ayuda de quienes tienen otra perspectiva. Por eso, su actitud suscita antitéticamente enojo o risa, ya que el estúpido impide que el otro sea efectivamente él mismo a base de reducir sus problemas y sus hazañas a casos de algo que ellos *ya sabían de siempre*, porque es lo que hace *todo el mundo*. Raseo de la existencia, nivelador de opiniones, generalizador impenitente de cuanto pueda haber en el mundo de singular o insólito, el estúpido es aquel a quien: “le gustaría que se le *considerara* inteligente, pero se empecina en *ser* estúpido”. Y sin embargo, Erdmann reconoce que el estúpido (ese simple que se tiene por original) puede serle muy útil al individuo inteligente. En efecto: “nada amplía tanto el horizonte visual como mirar a veces dentro de alguien verdaderamente obruso, ni nada contribuye tanto a nuestro cultivo personal como ver o escuchar verdaderas estupideces de vez en cuando.” He aquí una doctrina original por el que Erdmann se eleva sobre su maestro. Pues Hegel había dicho que la razón ha de rendirse frente a la estupidez, porque ésta lo acepta todo sin resistencia. Pero, por fortuna, parece que esto no es verdad. La verdadera, tozuda estupidez es la que se resiste justamente a encontrar algo interesante –por no hablar de verdadero– fuera de sus *propias* creencias, estimaciones, prejuicios y hasta edad, sexo y figura corporal. La estupidez no puede dejar de exhibirse ni puede estarse callada. Aprendamos de ella para inflarnos menos y para dejar de hablar cuando ello no es estrictamente necesario. Y ahora no lo es.